



50
ETJ

NOVELISTAS
CANARIOS

LA ILUMINADA DE CANDELARIA

POR

CARLOS ~ CRUZ

ALVARO RODRÍGUEZ LÓPEZ

Servicio fijo semanal para
los puertos de
Las Palmas, Norte y Sur de Tenerife
e islas de la
Gomera y Palma.

por los vapores

"Sancho II", "Santa Ursula",
y "Bure"



Para más informes Marina, 12

Teléfonos: 529 y 514

SANTA CRUZ DE TENERIFE

EDITORIAL IRIARTE

NOVELISTAS CANARIOS

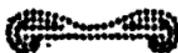
La Iluminada de Candelaria

NOVELA POR

Domingo Cabrera
(Carlos Cruz)

Ilustraciones de

Francisco Borges



Imprenta de Juan Sans Cartanyá
Tenerife

NOVELISTAS CANARIOS

Publicación quincenal ilustrada

Director: Eduardo Diez del Corral

Precios de suscripción:

(Pago adelantado)

HISPANO-AMERICA

OTROS PAISES

Año. 11 ptas. Año. 15 ptas.

Trimestre . 3 » Semestre . . . 8 »

En Santa Cruz de Tenerife y en La Laguna se admiten suscripciones por un mes al precio de una peseta. *Ejemplar: 50 céntimos.*

Los señores suscriptores de fuera de Santa Cruz y La Laguna, podrán efectuar sus pagos por medio de Giro Postal o sellos de correos.

Dirección y Administración: General Antequera, núm. 12.

(Toda la correspondencia al Director)

Prohibida la reproducción del texto

PREMIO "CANARIAS MUNICIPAL"

NOVELISTAS CANARIOS abre un concurso para otorgar un premio de 500 pesetas, generosamente donadas por la entidad CANARIAS MUNICIPAL S. A., a la mejor novela corta que se nos envíe.

Este concurso se someterá a las siguientes

B A S E S

1.—Podrán tomar parte en él todos los escritores nacidos en cualquiera de las Islas Canarias, o que se hallen actualmente residiendo en ellas.

2.—Las novelas han de ser originales e inéditas, quedando sus asuntos a la libre elección de sus autores, a quienes suplicamos no pierdan de vista la índole popular de esta publicación.

3.—Los originales deberán venir en cuartillas a máquina, con el espacio corriente y por una sola cara; siendo su extensión de 50 a 70 cuartillas.

4.—Cada trabajo se firmará con un lema, que será el mismo que corresponda a otro sobre cerrado, dentro del cual se contendrá el nombre y señas del autor.

5.—Un Jurado de garantizada competencia, cuyos nombres se harán públicos una vez dictado el fallo, dictaminará sobre los originales recibidos, seleccionando el que encuentre merecedor del

premio, así como los que le parezcan dignos de ser publicados.

6.—El premio de **500 pesetas**, será único e indivisible, no podrá en ningún caso declararse desierto y se entregará al autor agraciado o persona que lo represente legalmente, a los diez días de publicado el fallo.

7.—Los autores de los trabajos recomendados por el Jurado, acordarán con nuestro Director las condiciones para su publicación.

8.—Los originales no premiados ni recomendados quedarán a disposición de sus autores durante el plazo de **un mes**, contando a partir de la publicación del fallo, previa devolución del recibo que se entregará por cada original; pasado este tiempo serán destruidos sin que sus autores tengan derecho a reclamación alguna.

9.—Los autores de los trabajos a que se refiere la base anterior podrán, si así lo desean, recabar del Jurado una cuartilla en la que sucintamente se manifiesten las razones que ha habido para no ser premiados ni admitidos.

10.—El plazo para la admisión de originales terminará el 30 de octubre próximo.

11.—La novela premiada se publicará a la mayor brevedad posible.

12.—El solo hecho de concurrir al concurso entraña la explícita conformidad con las condiciones del mismo.

(Los sobres con los trabajos se remitirán al Director de **NOVELISTAS CANARIOS**.—General Antequera, núm. 12.—Santa Cruz de Tenerife. Consig-nando unas señas para enviar el recibo).

La Iluminada de Candelaria



La Iluminada

*A Miguel Díaz Llanos y Virgilio
Chiclanda, que presenciaron algunas
de las cosas que aquí se cuentan.*

D. C. C.

I

Un sol abrasador. Una multitud apiñada en los arenales de Candelaria y un ir y venir inusitado de autos viejos. Arriba, en la parte alta del pueblo, una peregrinación de enfermos.

Los portales de aquellas casas humildes, bajitas de techo, están llenos de paralíticos y lisiados. De cuando en cuando un rostro cadavérico, unos ojos hundidos y brillantes. Pasa una mujer llevando en brazos a su hijo de veinte años largos, enflaquecido hasta los huesos, cuyos miembros de una flacidez extrema dan la impresión de una cosa fofa, desarticulada. En un recodo, sobre unas mantas sucias, un cuerpo deformado, corroído de úlceras.

Es un espectáculo desagradable, lacerante.

Por todas partes carne enferma, carroña humana y desconcertantes miradas de alucinados.

Unas buenas mujeres vestidas de negro, medio cubiertas las caras con grandes pañuelos, pendientes de las cabezas, van llevando agua

en escudillas de barro a los sedientos imposibilitados.

Grupos de familiares con caras de vigilia. Han comido poco y dormido mal sobre las piedras de la calle y en los quicios de las puertas. Hay en todos ellos un gran cansancio. Sin embargo conservan una resignación esperanzada y el asombro de quienes han visto cosas extraordinarias. Confían que el milagro se repita en los suyos y llevarlos a sus casas, sanos de cuerpo y fuertes de espíritu.

Suena la bocina de un «Ford» desvencijado. Un nuevo cargo de enfermos. Se instalan como pueden.

No se oye un quejido, ni una imprecación. Esta multitud dolorida y silenciosa es imponente. Es el suyo un silencio que sorprende, de templo, de recinto sagrado.

En esta tarde canicular el caserío alto de Candelaria tiene algo de aldea bíblica. Los caminos polvorientos. Una higuera solitaria en un huerto resequido. Y campesinos atraídos por la buena nueva que quieren ver de cerca a Antonia la Iluminada.

Unos señores de la ciudad forman un grupo aparte. Los tienen alejados en una soledad hostil; pues creen que han ido en són de burla. Nadie se les acerca. Cuando indagan les contestan.

—Los caballeros saben más que nosotros, conocen muchas letras; pero no han visto... si vie-

ran creerían en los milagros de Antonia. La Santísima Virgen es quien habla por ella. ¡Créalo, créalo!

—Y si no lo creen —añadió enérgica una vieja fanática— ¡váyanse!

II

El silbo estridente de la sirena de un lando-let pedía paso. Las gentes contemplaban sorprendidas la llegada de este lujoso automóvil. Eran los señores de Fonseca con su hijo Carlos, muy conocidos en la isla por su destacada posición social.

¿Qué les traía a Candelaria? ¿También ellos creían en las supercherías de la Iluminada? ¿Pensaban que Antonia podía devolver la vista a su hijo?

Bajaron del auto. La madre ofreció el brazo a Carlos. Caminaban lentamente, cuidando no tropezar en las piedras que llenaban el sendero. Era una subida fatigosa. En un recodo en sombra descansaron unos minutos.

Carlos Fonseca era un muchacho de veinte y cinco años, buen mozo, con unos ojos muy bellos, precisamente, y una expresión dulce. Hacía cuatro años que, interno en una Academia preparatoria, quedó ciego a consecuencia de un incendio que se produjo en las mismas habita-

ciones que ocupaba. Hijo único y heredero de considerable fortuna, sus padres hicieron cuanto humanamente fué posible para que recuperara la vista. Visitaron los más eminentes oculistas de Europa. Fueron cuatro años de no parar: Madrid, París, Londres, Berlín... siempre en busca del especialista que pudiera dar luz a las pupilas muertas. Hasta que, descorazonados, perdida toda esperanza, regresaron a Tenerife, aislándose en su casa de «La Perdoma», en la Orotava.

Una buena tarde oyó Carlos contar a los medianeros de la finca tales cosas de la Iluminada de Candelaria, citando hechos, algunos de ellos en personas de las inmediaciones que, aún rechazando la milagrería, quiso comprobar la veracidad de uno de los casos e hizo venir a su presencia a un muchacho conocido suyo que, desde hacía tiempo estaba loco y quien, según el decir de los vecinos, había vuelto en razón, merced a la visionaria.

La conversación con este muchacho, completamente curado ya de su locura, le impresionó de tal modo que aquella noche no pudo conciliar el sueño. En su alma se abría una nueva esperanza. Su pensamiento giraba alrededor de la Iluminada.

¿Porqué—pensaba en su desvelo—no había de producirse el milagro? Existen verdades ignoradas todavía de la ciencia. El mismo Ramón y Cajal acepta la posibilidad de una vibración más allá de la vida. Hay que rendirse ante el Miste-

rio, ante esa última puerta cerrada a la investigación humana. Sobre la naturaleza actúan constantemente fuerzas psíquicas y ciertos elegidos—los yoguis, los fakires—poseen poderes sobrenaturales. Desde la filosofía platónica se reconoce la transmigración de los espíritus. Si todas las religiones admiten la inspiración divina y la presencia y potencia del alma ¿porqué negar, entonces, que el fenómeno se podía dar en las playas de Candelaria, tan propicias a místicas exaltaciones, y escoger como vehículo a una chica humilde, ignorante?

La Suprema Sabiduría se valió siempre de seres insignificantes, al parecer, para señalar el camino de las grandes verdades. Nazaret, Montserrat, Domremy, Lourdes... María, Parsifal, Juana, Bernardetta. ¡Lugares y personas humildes señalados por el índice divino para mostrar la claridad eterna a los mortales.

En todo ésto meditaba Carlos en su noche de insomnio. Tan tenaz y reconcentrado fué su pensamiento que le pareció oír en su espíritu una voz lejana y bienamada que le decía:

—¡Ven a Candelaria!

III

Las gentes que rodeaban la casa de Antonia no ocultaban su extrañeza al ver llegar a los Fonseca. Señores de su distinción no solían aparecer por aquel lugar. Diariamente entraban en Candelaria cientos de personas, muchas de los pueblecitos más apartados de Tenerife; pero eran familias pobres que acompañaban a sus enfermos. También iban periodistas para hacer informaciones de prensa y algún que otro teósofo curioso de estas experiencias. El núcleo fanatizado por los milagros de Antonia salía de las masas populares. Sin embargo las palabras que pronunciaba en éxtasis corrían por toda la isla y daban motivo a discusiones apasionadas. Sus curas eran agrandadas por familiares y corifeos. Unos cuantos espiritistas laguneros pretendieron verla. Ella ignoraba quienes eran. Se negó a recibirlos, haciéndoles saber por el intermediario:

—El camino de Candelaria es de luz y el de ustedes de oscuridad. Vengan por los caminos de Dios y me verán.

El caso de Antonia constituyó durante muchos días la actualidad tinerfeña. Todos los periódicos se ocuparon del suceso y prestigiosos doctores trataron de explicar científicamente los hechos de la vidente.

La señora de Fonseca y su hijo buscaron sitio lo más inmediato a la casa de Antonia. Una vecina les ofreció dos sillas y todos respetuosamente les hicieron hueco. El padre de Carlos fué a indagar el paradero de la Iluminada. Nadie lo sabía. Un chico lo puso en presencia de la madre, en la venta que ocupa la habitación del exterior.

—¿Sería posible ver a su hija?

—Salió de casa desde esta mañana y no sé donde ha ido.

—No me la oculte. Me interesa verla. No es para nada malo.

—¿Y porqué había de ser para cosa mala, señor? La pobrecita no hace daño a nadie, sino bien. ¡Un bien muy grande a todos estos pobres que tienen fe en ella!

—También a mí me trae alguien que cree en ella.

—No sé si hoy se «dormirá», si se duerme vendrá aquí y usted podrá verla y oírla. Crea que no la ocultamos, sino que a veces quiere descansar y se esconde para que no la sigan y poder rezar a solas. Pero siempre vuelve aquí en busca de sus enfermos. Esto ha sido para nosotros una desgracia, estamos asustados de lo

imagen viva. Ni alborotos, ni voces descompuestas, sino un silencio emocionante, penetrado de fe y mansedumbre cristianas.

El cielo era de un azul claro y el mar, en esta tarde, tenía una limpidez sugeridora. Erán como la promesa de una liberación hacia el infinito.

La Iluminada se dirigía a su casa en estado hipnótico. Su caminar era pausado y algo violento. Los brazos en cruz, con ademán sacerdotal. Pendiente de las manos un rosario humilde. Llevaba los ojos cerrados. Los párpados tenían una extraordinaria vibración.

Era de estatura mediana, morena, rostro ovalado, las facciones pronunciadas y duras. La frente amplia, sencillamente peinada con una raya al centro. Tendría veinte años. En todos sus movimientos un cierto vigor físico. Aspecto de muchacha saludable, fuerte. Vestía un modesto traje de percal, gris claro, que alejaba toda idea de teatralidad. Su persona era de una gran sencillez y, sin embargo, allí había algo raro, algo que obligaba a que la multitud cayese de rodillas a sus pies, y elevara oraciones con ferviente devoción.

A su lado venían unas chicas que se destacaban por sus modales finos y sus vestidos de una cierta elegancia. Eran señoritas de Güimar y Arafo, fanatizadas por los milagros de la Iluminada. Entre ellas, una de ilustración nada vulgar, con título académico, que aseguraba encontrarse en presencia de algo sobrehumano, de un

aviso, tal vez, del más allá que debíamos recibir como una profecía.

En la misma puerta de la casa de Antonia una pobre mujer era víctima, en aquel momento, de un ataque epiléptico. Se retorcia en violentas contracciones, desesperada, los ojos extrávicos, crispadas las manos, destrozadas las ropas. Imposible contenerla. En vano se esforzaban en ello todos los que la rodeaban. Era algo horroroso, desesperante.

La Iluminada al llegar a la epiléptica le puso la mano en la cabeza y dijo:

—Espíritu Malo, deja en paz a esta buena mujer. ¡Vete!

Instantáneamente comenzó a serenarse la infeliz y quedó tranquilizada. Como si despertara de un sueño abrió los ojos repetidas veces y con los brazos extendidos exclamó:

—¡Gracias, Antonia, gracias! ¡La santísima Virgen de Candelaria va contigo!

Hubo un murmullo de asombro:

—¡Curó a Vicenta la del Portezuelo!

—¡La del *maleficio*!

—¡La curó, la curó!

—¡Sólo con tocarla!

—¡Es una santa! ¡Es una santa!

V

Al asomarse a la ventana se hizo un silencio profundo.

Movió los labios sin articular. Así estuvo algunos instantes hasta que, por fin, comenzó a pronunciar palabras confusas que, al principio, salían con esfuerzo, lentamente... Luego la voz clara y precisa se fué extendiendo sobre el pueblo.

—Mi bendición sea para vosotros los que tenéis fe en mí, los que dais crédito a mis palabras y a mis hechos, los que creéis que todo poder viene de Dios y sabéis que el Espíritu está más cerca de El que la carné. A esos otros que vienen aquí para propalar mentiras y matar la fe de las gentes humildes no les alcanza mi bendición. ¡Regresen, en buen hora, negando que la Sombra está en mí y el verbo es luz y que, en este momento, yo no soy Antonia, sino la Enviada!

Hizo en el aire el signo de la cruz y tornó a hablar pausadamente.

—Vengo a vosotros con mucha pena, porque hoy no puedo calmar vuestros males, ni devolveros la salud. La Sombra no lo quiere y yo he de acatar su mandato. ¡Hemos de esperar, esperar siempre! Los poderes vendrán a mí y el milagro se hará amparado por la Virgen de Candelaria.

Se llevó las manos al pecho, oprimiéndoselo fuertemente como si le doliera y continuó con marcada expresión de tristeza:

—Yo no quería dormirme, estaba muy cansada y por primera vez sentí miedo, temor ante el sueño, como si la misión de hoy tuviera una mayor responsabilidad; pero la Sombra me dijo: vete, te esperan, no los curarás, mas tus palabras y tu presencia serán para ellos un consuelo. Y a eso he venido, a consolaros y a deciros: ningún mal es tan grande que no tenga cura, ningún dolor es tan fuerte que no tenga alivio, ningún pecado es tan abominable que no tenga perdón. Y aquel que guiado por la voz de su alma viene en busca mía, no desespere que yo no lo abandono.

En este momento Carlos Fonseca, como si las últimas palabras fuesen dirigidas a él, extendió las manos implorantes y con una voz rota de emoción gritó:

—¡Elisa, estoy aquí, dame la vista, quiero ver!

—No se llama Elisa, niño, se llama Antonia. Díjole officiosamente una vieja.

VI

No hubo forma humana de sacar de Candelaria a Carlos Fonseca. Las reflexiones de los padres nada pudieron ante la firmeza de su propósito. Le hicieron ver las dificultades de alojamiento, la ingrata convivencia con aquellas gentes tan faltas de higiene, las mil molestias a que estaban sujetos; pero a todo replicaba:

--Dejadme. ¡Soy tan feliz cuando oigo su voz! Me proporciona una esperanza tan confortadora. ¡Ver! ¿Sabéis lo que es ésto? ¡Ver!... Ver el cielo, ver el mar y ¡veros a vosotros, sobre todo!

--Confía en Dios, hijo mío.—Dijole la madre hondamente conmovida.

--Quedémonos unos días. Yo quiero hablar con ella. Indagar si es cierto lo que sospecho.

--Estamos sencillamente ante un fenómeno de hipnotismo, sin ningún otro alcance. Añadió el padre:

--El hecho mismo de curar, de aliviar, mejor dicho, a la epiléptica, lo prueba. Son enfer-

medades nerviosas que logran calmarse por la sugestión. El caso del loco de «La Perdoma» es perfectamente explicable; pero el tuyo, Carlos, es diferente: se trata del desprendimiento de la retina y hasta ahí no llegan las influencias psíquicas. Esperemos en la ciencia y no perdamos el tiempo en Candelaria.

—Y lo que dice, lo profundo de su pensamiento, el tono místico ¿cómo lo explicas, padre?

—Sobre esta pobre muchacha actúa una voluntad superior a la suya. Repite lo que alguien le va dictando; la idea no nace en su cerebro; ella es la antena y recoge la vibración, el pensamiento de ese «otro» que yo no sospecho quien pueda ser, pero que existe indudablemente.

—Las gentes dicen que tal vez sea un padre dominico con quien se confesaba últimamente.--
Indicó la madre.

—Y ¿porqué no admitir que ese «otro» sea un espíritu y no un ser vivo?

—Tu obsesión de Elisa.

—Recuerden ustedes que Elisa murió llamando por mí, recuerden que en el momento de su muerte yo os telegraficé, desde Madrid preguntando si había alguna novedad. ¡Tan insistente era en mí el presentimiento de una desgracia! ¡Yo oí en el fondo de mí ser la voz de la muerta llamándome! Un caso de telepatía perfectamente definido. Pero ahora os digo que aquella voz fué la misma de la otra noche y es la misma voz de ayer. ¡Yo quiero creer que los

muertos vuelven y que Elisa ha venido a dar luz a mis pupilas ciegas!

—Bien, sea como quieras, pero ¡por Dios! cuida que esas ideas no perturbén tu cerebro. Hoy mismo procuraré que puedas hablar con Antonia. En su estado normal es una chica agradable y muy simpática.

—Sí, padre, quiero hablar con ella largamente. Ten fe tú también. La fe es necesaria y si todos nos penetramos de ella, cooperaremos a que el milagro se realice. ¡Si yo pudiera salir de esta noche interminable!



—Se va a asustar, soy muy feilla.

—La belleza tuya está dentro, en tu espíritu.

Callaron. Antonia lo contemplaba con gran ternura. Tenía una cabeza tan interesante... Luego aquellos ojos tan grandes, fijos en ella, parecía imposible que no vieran.

—¿Vendrás otra vez, Antonia? Siento como una alegría interior a tu lado.

—Si, vendré. También yo siento a su lado una cosa rara, como si nos conociéramos desde hace mucho tiempo.

—Desde la eternidad, Antonia, desde la eternidad.

ya podido surgir esa leyenda.—Replicó el dominico.

—En el deseo de buscar una explicación racional. Es usted la persona más letrada del pueblo, la única a quien se considera capaz de expresarse como ella lo hace en sus éxtasis.

—En mi vida me he ocupado de tales cosas, ni creo que sea ésa la misión de un fraile.

—Fantasías del pueblo. Descartemos esa posibilidad ya que aquí, descontado usted, no hay quien sea capaz de razonar con esa elevación de pensamiento.

—Pueden estar operando sobre ella a distancia.

—Voy a contarle algo relacionado conmigo: Hace tres domingos explicaba yo a los niños la Doctrina en la parroquia. Antonia asistía como de costumbre. Venía preparándose en aquellos días, con ejercicios espirituales, para recibir la Comunión, pues ella, a pesar de su carácter alegre, es muy devota y cumple frecuentemente con la Iglesia. Versaba la lección aquella tarde sobre las «Virtudes Teologales». La chiquillería prestaba poca atención a mis palabras. No lograba hacerme comprender y los pequeños estaban distraídos, revoltosos. Más de una vez me vi precisado a amonestarlos para que guardasen la natural compostura. En esto me avisan para firmar una partida. Encargo a Antonia, por ser la más vieja, que continuara explicando la doctrina, como supiera. Me diri-

gi a la sacristía. Ella salió del corro y se sentó en la silla que yo ocupaba, en calidad de instructora. Despaché rápidamente. Temía que los muchachos alborotaran en mi ausencia. Pero, cuál no sería mi asombro al oír, en medio del más profundo silencio, una voz clara y dulce que explicaba mi lección con un sentido tan cristiano, con imágenes tan bellas y exactas que, por un momento creí soñar. Eran como parábolas evangélicas, de una filosofía honda y, sin embargo, al alcance de aquellas criaturas. ¿De dónde salía esta voz para mí desconocida? ¿Quién había entrado en la iglesia durante mi ausencia? Permanecí sobrecogido largo rato. Nunca había oído palabras tan sencillas y elocuentes. Los niños estaban pendientes de los labios de Antonia, arrobados... y yo, os confieso, reverendo hermano, que ví, con estos ojos que pudrirá la tierra, como aquella cabeza se embellecía en términos inmateriales, circundada por un halo luminoso. ¡Sería una alucinación de mis sentidos, sería un efecto de contraluz en la penumbra del templo; pero yo, ante aquella visión celeste, caí de rodillas y oré como ante una Enviada del Señor!

—¿Quién sabe si Candelaria ha sido escogida por la Divinidad para un nuevo Misterio? — comentó el dominico.

—De ahí le viene el nombre de Iluminada, conque hoy es conocida en Tenerife, no pude menos de exclamar: ¡Estás iluminada, An-

tonia! Los niños lo repitieron y sus hechos lo han confirmado. ¡Está iluminada, hermano!

—Si admitimos la existencia del alma libre e independiente de la envoltura carnal, si admitimos—añadía el fraile— que el cuerpo es sólo la vasija, ¿por qué negar que esa vasija puede contener, en ciertos tránsitos, dos esencias distintas? La Iglesia acepta las comunicaciones de los espíritus y la trasmisión de las almas. La Anunciación y la Reencarnación son los fundamentos del credo católico. Las mismas Escrituras nos dicen: «Y será que después de ésto derramaré mi Espíritu sobre toda carne y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros viejos soñarán sueños y vuestros mancebos verán visiones.»

¿Será Antonia una de las hijas señaladas por la Gracia? ¡Van ya veinte siglos y la humanidad espera testimonios vivos del Eterno!

—¿Y el caso de Carlos Fonseca?—volvió a interrogar el cura.—Asegura que Antonia, en *trance* abandona su cuerpo para que se posesione de él Elisa, una novia suya, muerta hace cuatro años. Sus padres quieren regresar a la Orotava, pero no hay manera de sacarlo de Candelaria. Confía que el espíritu de su novia reencarnado hará el milagro de devolverle la vista. La escena de la otra tarde fué imponente. La gente lloraba y unos señores que vinieron de la Laguna—personas muy cultas que pensaban que cuanto se decía eran imaginaciones populares—quedaron profundamente emocionados cuan-

do la muchacha, por entre más de mil personas, se paró sin titubeos frente al ciego y le dijo: —«Me pides la vista para ver las cosas de este mundo y si la perdieras para las cosas de la Eternidad? ¿querrias ver?»

—Verdad que es impresionante—dijo el dominico—parece una escena del Nuevo Testamento. ¿Querrias ver? ¡Ver las miserias del siglo, manchar los ojos con las pasiones, los vicios y las injusticias del mundo, es administrar mal la vista y el mal administrador será privado del feudo administrado, en presencia de Dios! ¡Profunda lección!

—Ya lo dice el Evangelio de San Mateo,—añadió el párroco—. La lámpara del cuerpo es el ojo: así que si tu ojo fuese sincero, todo tu cuerpo será luminoso. Mas si tu ojo fuese malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Así que, si la lumbre que en tí hay son tinieblas. ¿cuántas serán las mismas tinieblas?» Muchas y muy serias interpretaciones pueden darse a las palabras de esa muchacha dentro de los textos sagrados; pero lo que a mí me sorprende es que persona de tan pocas luces las haya dicho.

—No aventuremos juicios sobre materia tan delicada—agregó el dominico—pero no cerremos tampoco los oídos a las voces lejanas.

Antonia había cambiado inesperadamente de voz y casi de fisonomía. Fue un letargo momentáneo. Quedó en éxtasis. Carlos oyó aquella nueva voz como una llamada en su espíritu. Trémulo interrogó:

—¿Eres tú, Elisa?

—Sí.

—¿Acudes a mi invocación?

—Segura de tu bondad y de tu amor. Luego vendrás tú a mí. Tus ojos muertos resucitarán y el resplandor divino inundará todo tu ser y serás iniciado en los misterios de Dios.

—¿Cómo te quiero, Elisa mía!

—Piensa en otra forma de amar, como se ama aquí, alma con alma. Limpia de impurezas tu imaginación y que tus pensamientos sean castos y dignos. Sólo los buenos alcanzan la suma perfección que es el amor. Los malos no tienen capacidad de amar.

—¿Dónde estás, dime, dónde estás?

—Contigo, a tu lado...

—Pero ¿en qué mundo? ¿En qué cielo?

—El cielo te rodea, te envuelve a tí y a todos los seres, sólo que los mortales no lo ven, no perciben esta claridad infinita. Y es eso lo que yo pretendo de tus pupilas ciegas para el mundo. Si llegas a vislumbrar el astral, entonces me verás sin necesidad de un cuerpo extraño. Serás el vidente más grande de la humanidad y guía de nuestros hermanos en la tierra. Ahora te dejo.

—¡No me abandones!

—En una humilde casa espera por mí una enferma. ¡Pobreza y Dolor! Son los escogidos. Tu hora llegará también.

Calló.

(Eran las nueve de la noche del ocho de septiembre de 1927)

Antonia despertaba lentamente.

—¿De dónde vengo?—Preguntó, ya vuelta en sí.

—No hemos salido de aquí. Seguimos en el mismo sitio.—Le contestó Carlos.

—Yo acabo de estar en otro pueblo, había una enferma, no podía moverse, ahora camina...

—Has dormido sólo un momento. Tu sueño me ha proporcionado un bienestar grande.

—Yo no quiero dormir cuando estoy contigo.

—He encontrado en tí un ser muy querido. Mi amor renace como si la muerte no existiera.

—No hay muertos. ¿No lo estás viendo?

—Cuando estás dormida yo te quiero con toda mi alma.

—¿Y por qué no me quieres despierta?

—Despierta ya no sé cómo eres.

—¡Qué feliz sería yo si pudiera inspirar ese cariño tuyo, sin que la Sombra estuviera dentro de mí!

—Siempre es tu cuerpo.

—¡No! ¡No es a mí a quién tu quieres! Es a tu muerta, a tu Elisa... Yo, en cambio, te quiero a tí. ¡A tí, tal como tú eres, con tu espíritu, con tus ojos ciegos!

—Cálmate.

— Cuando hablas con la «otra» tus palabras llegan a mis oídos confusas, débiles, como quien oye detrás de una cortina y ¡no quieras saber lo que sufro! ¡No me dejes dormir, Carlos;

— Tu misión es más grande, Antonia. ¡Cúmplela sin dolor! Eres una criatura seleccionada entre millones para descifrar el Misterio. Tu cuerpo se tornará luminoso como una fanal y los hombres verán a través de tí la Verdad única. En tu carne se operará la transfiguración del espíritu y el Infinito será entonces, tan diáfano, para los mortales como un sembrado al sol del medio día.

— Eso estaría muy bien si en mi corazón no hubiera nacido esta angustia. Ahora soy humana, egoísta ¡No, no quiero ser otra, sino yo misma! Pequeña, ignorante, pero ser yo, ser Antonia, sentir mis impulsos, los de mis entrañas. ¡No busques a la otra en mí, Carlos, sino a la humilde muchacha de Candelaria, que no sabrá devolverte la vista, pero te da sus ojos, su sangre, su vida toda para que veas lo grande que es su amor!

Antonia, estrechaba ardientemente las manos del ciego contra su pecho.

— No malogres tu obra con bajos pensamientos. Tu cuerpo físico es sólo una morada que hemos de cuidar mucho, limpiándola de los instintos terrenales para que en ella se aloje el huésped deseado; de lo contrario pudiera aposentarse el Malo y, entonces, imperaría la crueldad y el odio.

X

En una casita del barrio de *Salamanca*, de Santa Cruz de Tenerife, vivía un matrimonio que, en su modestia, sería dichoso si su única hija no estuviera enferma, de parálisis funcional, desde algunos meses.

El trabajo y el orden se habían unido en aquel hogar de artesanos. El jornal del marido florecía en las manos hacendosas de la mujer. Y, para completar su ventura, la alegría de una chiquilla que, por linda y buena, era el encanto del barrio.

Ana Dolores— así se llamaba esta simpática muchacha— fué, dado los escasos medios de sus padres, educada con cierto esmero y en ella cifraban los viejos todas sus ilusiones. Pero, como la desgracia está siempre en acecho para perturbar la felicidad, cuando menos se esperaba enfermó y, paralítica, quedó arrinconada, como cosa inútil, en un sillón.

La alegría abandonó la casa y en su lugar



entró el dolor, custodiando aquella juventud impedida, toda dulzura y mansedumbre.

Los médicos aseguraban que no tardaría en recobrar los movimientos, pero pasaban meses y meses y la parálisis era cada vez más intensa.

Por las noches se reunían los vecinos para hacerles tertulia. Los hombres quedaban fuera y las mujeres, dentro, rezaban devotamente el rosario, implorando la misericordia divina para la amiguita enferma.

Aquella noche, a las primeras horas, había más gente que de costumbre. Hacía un calor sofocante y se echaban a la calle en busca de aire fresco. La conversación giraba alrededor de los sucesos de Candelaria.

—¿Porqué no llevas a Ana Dolores? Le propusieron al padre.

—Por intentarlo no se pierde nada.

Aceptada la idea se le comunicó a la enferma.

—Sí, vamos mañana mismo. Añadió la madre deseosa de poner en práctica este último recurso.

—¡Si ella viniera! Dijo Ana Dolores. Y como si la esperara, quedó fija en la puerta, con los ojos agrandados y enormemente pálida.

—Acompañenme a rezar.

La plegaria se elevó con místico fervor.

—¡Dios te salve, María!...

Ana Dolores sintió un estremecimiento en todo el cuerpo y, excitada prorrumpió:

—¡Viene, madre, viene!... ¡Yo la veo!

Poco a poco fué levantándose del sillón.

— ¡Está aquí, miradla todos!

Con los brazos implorantes salió al encuentro de algo que entraba en la casa.

— ¡Es ella, es ella!

Los vecinos se aglomeraron a la puerta, ansiosos de ver lo que pasaba en la habitación.

— ¡Se ha puesto de pie!

— ¡Mueve los brazos!

— ¡Y camina, Dios mto!

Exclamaban llenos de asombro.

De pronto se oyó decir a un chico.

— ¡Mira, mamá, mira! ¡Qué cosa más bonita!

— ¿Qué ves, niño? Le preguntaban todos, nerviosos, amedrentados.

— Una señora muy guapa y luces de fiestas. Parece una virgen.

— ¿Dónde está?

— Con Ana Dolores. Ahora la ayuda a caminar. ¡Qué buena es!

— ¡Ana Dolores se ha arrodillado! — decían las de dentro.

Los de fuera gritaban como locos:

— La casa esta envuelta en un resplandor.

— ¡La Iluminada! ¡La Iluminada!

(Esto sucedía el ocho de Septiembre de 1927 a las nueve de la noche).

—Cierto, es la bondad misma y la caridad; pero ¿cómo vamos a creer en sus conversaciones con Elisa?

—¡Quién sabe!

—Los muertos no vuelven a la tierra, descansan en la paz del Señor.

—Hay muertos que no mueren: «Y tan alta vida espero que muero, porque no muero» dijo una santa.

—¿Qué debo hacer entonces, padre?

—No contrariarlo.

—Así será.

—La fe de su hijo, señora, rebasa el grano de mostaza que Jesús recomendaba a sus discípulos para mover las montañas.

La noble dama besó el crucifijo del dominico. Se despidieron. Luego se oyó la voz de Carlos.

—Ven, madre. Cuando estás a mi lado hace más claridad.

—No te atormentes con esas ideas.

—Yo sé que soy muy poco para ti. Es una locura pensar en tu cariño. ¡Estás tan alto para una pobre muchacha como yo!

—Tu sabes que te quiero bien.

—Me quieres a tu modo, pero no es éso lo que yo necesito. Necesito tu querer todo. Ese consuelo frío, esa piedad tuya de santo, ¡no! Tu cariño de hombre es lo que yo pido y toma, a cambio, esta vehemencia mía, este anhelo de mi corazón.

Todas las energías de la juventud, sublevadas, defendían su amor. Y ella que, por conservarlo, daría su sangre, facilitaba, sin embargo, las entrevistas de Carlos con la otra, teniendo que oír sus palabras llenas de ternura y enmudecer, imposibilitada, porque Elisa estaba en su interior, dentro de su carne, en el hueco de su misma alma. ¡Era horrible! Dar vida, dar forma humana con la propia sustancia a la rival afortunada, a la que le robaba su única ilusión.

—¿Porqué no me hablas a mi como le hablas a ella, cuando estoy *dormida*?

—Ella y tú sois una, la misma.

—Bien sabes que no. Ella es Elisa. Yo soy... yo no soy nadie. ¡Una casa desalquilada!

Consciente del fracaso de su vida se golpeaba, despreciándose a si misma como cosa inútil.

—¡Por Dios, Antonia, tu eres la escogida!

—¡Qué me importa ser escogida por los espí-

ritus, si soy desechada por tí! ¡Y es a tí, solo a tí, a quien yo quiero!

En su exaltación, le anudaba los brazos al cuello. Quería retenerlo, disputárselo a la muerte. Lo apretujaba contra su pecho, amorosamente, como si fuera un niño, a quien se teme perder.

—Serénate, serénate... Es preciso que te calmes, hoy más que nunca necesito hablar con la Sombra y si te excitas no acudiré.

—¡No! ¡Qué no venga! ¿No ves que la odio?

—No digas eso. ¡Qué sería de nosotros, sin su protección.

—¡La odio, la odio, porque me roba tu cariño!

—¡Calla, calla!

—¿A qué viniste a Candelaria? Yo era feliz antes de conocerte y estaba orgullosa de la misión que realizaba. ¡Eran tantos desgraciados a bendecirme! Pero llegaste tú, y despertaste un anhelo, una intranquilidad, un deseo malo que me hace olvidar mis deberes para el prójimo. ¿Porqué viniste, dime, porqué viniste?

—Ella me llamó.

—¡Siempre ella!

—No nos martiricemos con estas pequeñas discordias. Eleva tu pensamiento. Reconcentrate en el espíritu, invoca los divinos poderes.

Delante, con los brazos en alto, exclamó iracunda:



—¡No quiero *dormir*! ¡No quiero servirle más de...

Carlos le tapó la boca con las manos, impidiéndole terminar la frase.

---¡No blasfemes, Antonia, no blasfemes que ella está aquí, a nuestro lado! ¡La estoy viendo! ¡La estoy viendo! Mis ojos ciegos para el mundo atraviesan la muralla infinita y ven las cosas de la Eternidad.

La mirada de Carlos Fonseca adquirió una dulce expresión, como si el Misterio se hiciera luz en sus pupilas muertas. En su rostro resplandecía una felicidad nueva y todo su ser estaba sumido en un arrobamiento celeste.

Desde su cumbre espiritual llamaba a la amiga perdida en la oscuridad de las pasiones humanas.

—¡Antonia, Antonia!... ¿Dónde has ido? No te veo. Ven. El cielo nos rodea, estamos dentro del cielo, solo que tus ojos mortales no logran verlo. Purifica tu espíritu, deslígalo del barro y verás el cielo como a través de un cristal.

—Tus ojos tienen ya luz, Carlos; pero los míos cegaron. Desde hoy caminaré entre sombras, como una muerta.

—Ahora soy yo quien te dice que no hay muertos. Todos viven. Elisa vive y está junto a mí. ¡Si la vieras quedarías deslumbrada por su belleza!

—¡No quiero verla!

Antonia la Iluminada quedó a sus pies, transida de dolor, rota de angustia. En esta hora de amargura todavía tuvo fuerzas para gritar.

—¡Carlos, Carlos, tu entras en la claridad, pero yo caí en las tinieblas! ¡Sin tu amor ya estoy ciega para siempre!



TALLERES TIPOGRAFICOS

¿Necesita usted

hacer un trabajo de imprenta; adquirir cualquier artículo relacionado con **Papelería, Objetos de Escritorio, Material para Escuelas...**? Como es natural ¿deseará usted se le sirva con prontitud, esmero, máxima economía y calidad inmejorable?

En este caso, visite el establecimiento de

Juan Sans Cartanyá

situado en la calle de Pérez Galdós esquina a Suárez Guerra, donde encontrará usted lo que desea.

Norma de esta casa: **ganar poco para vender mucho.**

Prontitud y economía

Guías de Tenerife

EN ESPAÑOL E INGLES

(alemán y francés en prensa)

De venta en las oficinas de la

Sección de Fomento del Excmo. Cabildo

Alfonso XIII, 51.

EL

PRECIO UNICO DE 2 PESETAS



Nadie podrá revender dicha obra
a precio mayor del expresado.

El Cabildo perseguirá a
cuantos infrinjan esta
prevención

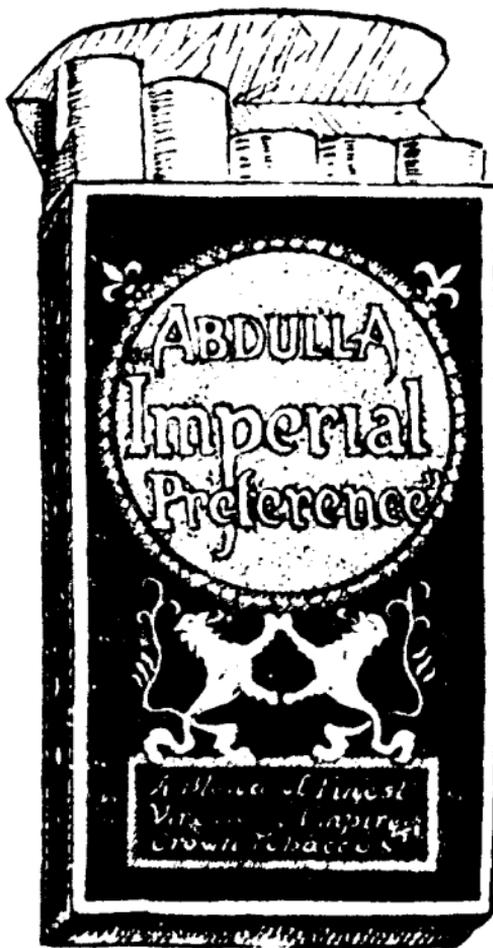
Números publicados

- 1 **Cuando una canaria quiere...** novela de Eduardo Diez del Corral. Ilustraciones de Francisco Borges.
 - 2 **Los dos verdugos**, tres cuentos de Francisco González Díaz. Ilustraciones de Francisco Borges.
 - 3 **Fuego en tu casa**, novela de Jacinto Terry. Ilustraciones de Francisco Borges.
 - 4 **Nido entre retamas**, novela de Antonio Martí. Ilustraciones de Juan Davó.
 - 5 (extraordinario) **La fantasma del Valle**, novela de Leocadio Machado. Ilustraciones de Pedro de Guezala.
 - 6 **Charlestón**, novela de José M. Benítez Toledo, ilustraciones de Pedro de Guezala.
 - 7 **Historia de una criada**, novela de «Nijota» Ilustraciones de Alfredo de Torres.
 - 8 **Por qué se mató César Vial**, novela de Pedro Pinto de la Rosa. Ilustraciones de Alfredo de Torres.
 - 9 **Un fracasado**, novela de Jesús María Perdigón. Ilustraciones del autor
 - 10 **Tenerife, 1950**, (Historia de cosas conocidas), novela de Antonio Martí. Dibujos de Francisco Borges.
 - 11 **Un rato a locos**, novela de Antonio Domínguez. Ilustraciones de José Aguilar.
-

Los números atrasados se venden al mismo precio que los corrientes.

ABDULLA

Cajetilla 50 céntimos



Cajetilla 50 céntimos

Es el cigarrillo preferido por el público
selecto y de buen gusto.

Es el cigarrillo de más alto precio y sin embargo su pre-
cio es el de otras marcas y calidades inferiores.

DE VENTA EN TODAS PARTES

Fred, Olsen Line

Línea de vapores fruteros

Salidas del mes de Agosto

==== Londres ====

Día 15 Vapor "San Andrés".

» 22 » "San Mateo".

» 29 » "Buenvista".

==== Dieppe ====

Día 18 Vapor "Sardinia".

» 25 » "San Carlos".



Alvaro Rodríguez López

Oficinas: Marina, 12. - Teléfonos: 529--514.

Santa Cruz de Tenerife

TENERIFE

EL MEJOR CLIMA DEL MUNDO



Fto. — Otto Auer.

Alfombras de flores en la Orotava
**Curiosos paisajes y bellezas
naturales sin igual**